Kleigels los mandaba. « ¡ Pegad fuerte — gritábales — ¡ pegad fuerte, fuerte ! »

Entonces un alto funcionario, el príncipe Viasemsky, quiso intervenir en favor de los pobres muchachos, y sobre todo de las pobres muchachas que gritaban. El prefecto le contestó : — « No se meta usted á defender á esos puercos, que merecen morir apaleados como perros rabiosos. » Alentados por aquella escena, los cosacos se encarnizaron hasta la ferocidad. Los manifestantes, tratando de huir, caían bajo los cascos de los caballos. Algunos se suicidaron ; otros muchos ; muchos, más de ciento, salieron mutilados, con heridas graves. En cuanto á las estudiantas, las encerraron en el patio de la Duma y el general, riendo, ordenó á sus esbirros que las desnudaran para azotarlas á su gusto.

Los gritos de las infelices eran desgarradores. Los cosacos, borrachos, las arrancaban los trajes y luego las golpeaban hasta hacerlas caer sin sentido, cubiertas de sangre.

LOS OBREROS

Hoy he consagrado el día al más lamentable de los estudios : á la cuestión obrera. ¡ Cuánta miseria y cuánta injusticia ! ¡ Cuántas lágrimas ! ¡ Cuánto rencor concentrado ! Y eso que yo no he ido hasta el fondo del asunto viendo con mis propios ojos los dolores y oyendo con mis oídos las quejas, sino que me he contentado con leer algo de lo mucho que en estos días se ha publicado sobre la vida del obrero y sobre la legislación del trabajo.

El gobierno mismo confiesa que los trabajadores tienen derecho á quejarse. « Sé que vuestra suerte no es envidiable » — dijo el zar á los delegados de las fábricas. Pero al mismo tiempo, desde el Santo Sínodo hasta el prefecto de policía, todos los magnates declaran que es inútil elaborar nuevas leyes. Los obreros no necesitan de derechos. Lo único que puede mejorar su situación es la clemencia del zar. El esfuerzo de todos, pues, debe tender á fortalecer la omnipotencia autocrática Con el objeto de sembrar estas ideas, el ministro de la industria ha publicado un folleto que se reparte en las fábricas y en los barrios pobres y que se titula : « Hojas fraternales de lectura obrera ».

Queréisoir lo que en él se dice. Oid :

«... En Europa los socialistas revolucionarios son algunas veces los defensores sinceros de los intereses de las clases obreras, cuando estos reconocen que la famosa libertad parlamentaria no es útil mas que á la burguesía y sólo sirve para aumentar la explotación y la opresión de la clase obrera.

« El célebre jefe revolucionario, Karl Kaustky, ha declarado formal y muy francamente, hace dos años, que la mejor forma política para la clase obrera era el régimen autocrático » y que el régimen democrático no conducía más que á la dominación de la plutocracia y á la opresión de las clases trabajadoras... Nuestros revolucionarios tienen una mentalidad extraordinaria... No son, en realidad, tales defensores de las clases obreras sino simplemente los representantes de la burguesía intelectual.

Sus sueños son la transformación de las masas obreras en instrumento de sus fines particulares. Esos revolucionarios no quieren sino la sumisión de la clase obrera á la burguesía financiera, comercial é intelectual. En estas condiciones, todos los rusos deben unirse y estudiar las verdaderas bases de la cuestión obrera...

... Hay que proclamar esta gran verdad : « que el bienestar de los obreros depende de su unión estrecha con el régimen zarista » y que los socialistas revolucionarios que exigen el régimen parlamentario y constitucional no intentan, ni más ni menos, que la esclavitud de las clases trabajadoras bajo el yugo de la burguesía. »

Tal es la teoría gubernamental.

Ahora escuchemos á un obrero cualquiera, huelguista ó no, socialista ó no. Todas sus frases denotan no sólo miseria material, sino miseria moral. Tiene hambre y sabe que hasta quejarse puede ser peligroso.

— La casa sólo — exclama cualquier trabajador — me cuesta en San Petersburgo la mitad de lo que gano.

Esto obliga á los que no tienen familia numerosa á alquilar una ó dos habitaciones. ¡Peor para la higiene!

Veamos un presupuesto medio de una familia obrera, compuesta de padre, madre y dos niños. Los datos de Dru son precisos :

Pan, leche y alimentación para sus dos hijos pequeños; rublos por mes.....	5 »
Pan para el matrimonio (4 libras por día).	2.40
Berzas y un cuarterón de carne cada dos días; al mes.....	4.50
Harina de avena y aceite, 8 kopeks por día; al mes.....	3.90
Te (20 kopeks por semana), al mes.....	0.80
Azúcar.....	1.60
Tabaco, cerillas, etc.....	0.90
Gastos de iglesia, velas, etc.....	0.40
Un baño cada mes.....	0.40
Jabón.....	0.40
Aceite para el icono.....	0.30
Total por mes, rublos :	21.80

Su vestimenta le cuesta:

Dos gabanes al año para el marido y la mujer, 40 rublos ó sean al mes.....	3.41
Botas y zapatos para toda la familia, 20 rublos al año, ó sean por mes.....	1.70
Grasa para los zapatos.....	0.10
Una blusa al año, 2 rublos, representan al mes.....	0.17
Dos vestidos para la mujer, 18 rublos, ó sean al mes.....	1.50
Un terno para él al año, 13 rublos, al mes	1.10
Ropa blanca para toda la familia durante el año, 24 rublos, por mes.....	2 »
Gorros de piel para la familia al año, 5 rublos, al mes.....	0.42
Total, rublos:	32.00

bien contados,

Y como el salario medio no llega á un rublo diario; y como en Rusia los días de fiesta son muy numerosos; y como los paros no son raros, encontramos que el obrero no puede pagar lo que come y lo que viste.

No importa. A pesar de eso el gobierno le exige sin piedad, una serie de contribuciones inconcebibles.

He aquí la lista:

Contribución de hospital, 1 rublo, 10 al año; timbre de su libreta de obrero, 40 kopeks al año; contribución por alquileres, 40 kopeks por cada 100 rublos, ó lo que es igual, cerca de 80 kopeks

al año. También tiene que pagar crecidos derechos por su pasaporte. Si es de una provincia el obrero ruso tiene que hacer « visar » todos los años su pasaporte en el lugar de origen, para lo cual se ve obligado á enviárselo á un agente que le cobra por la molestia 1 ó 2 rublos. Si no envía la cantidad, corre el riesgo de no recibir el pasaporte visado y en ese caso la policía se encargará de recordarle el cumplimiento de la ley. El « visa » del alcalde le cuesta además 10 kopeks.

¡El déficit aumenta!

Para llenarlo es preciso que la mujer trabaje. ¡Y trabaja, gana, matándose 10 ó 12 rublos al mes!

Además de los gastos materiales, toda familia por miserable que sea, tiene otros indispensables: enfermedades, partos, bautismos, entierros. El parto, aun en el hospital, cuesta siempre, según las estadísticas de Dru, 1 rublo; por el bautismo se pagan 55 kopeks para el pope, 5 para la cera, 10 por derechos de inscripción del bautizado, 15 por la cruz de metal que se cuelga al cuello del niño, 15 para limosna á los pobres de la parroquia, y eso sin contar la canastilla de la criatura que cuesta, por lo menos, 1 rublo.

Morirse es más caro.

Los sepelios son más dispendiosos. Oid hablar á las estadísticas:

El féretro cuesta 2 rublos; el hábito del cadáver, 50 kopeks; el servicio fúnebre, 50 kopeks; el cura cobra por sus derechos, otros 50 kopeks;

hay que dejar una limosna también de 50 kopeks; la sepultura, 2 rublos 50 kopeks; la conducción del cadáver, — imposible de verificarla á brazo por las grandes distancias á que están situados los cementerios — 2 rublos, y el arroz y las pasas con que se obsequia, según la tradicional costumbre al acompañamiento, 15 kopeks, ó sean 8 rublos 95 kopeks.

¿No os parecen estos datos dignos de la imaginación siniestra de un humorista discípulo de Swift? En todos los detalles hay, en efecto, algo que ríe y que llora al mismo tiempo, algo que sería grotesco si no fuera cruel, algo que parece mentira cómica, pero que es, ¡ ay! la más amarga, la más palpable de las verdades. Con ver á los pobres obreros, basta. ¡ Qué aspecto tan lamentable tienen! Y con cuánta ternura miran, con cuánta humildad hablan! De los proletarios que allá, en tierras libres, en Francia, en Italia, en Bélgica, exigen, á éstos que imploran, hay un abismo. Estos son aún los siervos de épocas obscuras é inconscientes que no piden sino una cosa, la misma que piden las bestias: comer, no morirse de hambre, tener un nido, vivir, en fin, ¡ nada más que vivir!

Ahora bien: por más que las publicaciones oficiales proclamen la excelencia del régimen autocrático desde el punto de vista obrero, las clases trabajadoras de Rusia no pueden esperar un

mejoramiento de su condición, si antes no se opera un cambio radical en el sistema que legisla la industria. Hoy por hoy, el contrato de trabajo ruso, como en términos de sociología se dice, es de una injusticia absoluta. Los obreros no tienen sino deberes. Los derechos están reservados al patronato. « El patrón — escribe M. Yory en un estudio sobre el asunto que va á servirnos de guía — se arroga conforme á la ley, una especie de poder absoluto. » En efecto, las causas por las cuales puede echar á un obrero son tan numerosas como elásticas. Helas aquí expresadas en estilo de reglamento interior: « Será expulsado todo obrero que falte al trabajo tres días consecutivos sin motivo justificado, ó si no respondiese á las listas seis días al mes: si abandonare el trabajo durante quince días, aunque la causa sea producida por enfermedad; si observase mala conducta ó sufriese condena judicial. »

Por mala conducta se entiende también la pereza, la embriaguez, aunque no sea habitual, la desobediencia, la grosería y, en general, todo cuanto pueda impedir el buen cumplimiento de la labor diaria del obrero y perjudicar á los intereses materiales de la administración industrial.

En cambio, el obrero no puede abandonar la fábrica, según los términos de la ley de 3 de julio de 1886, sino en los casos siguientes: « Por malos tratamientos, por falta de observancia de las cláusulas relativas á su entretenimiento ó si el trabajo fuese verdaderamente nocivo á su salud y,

por último, si cualquier miembro de la familia que sostiene, falleciera ».

La misma ley niega á los obreros el derecho de faltar al trabajo para asistir á los entierros de sus padres, hijos ó demás personas de su familia. Las mujeres encinta y los obreros que se ausentasen de las fábricas, aun cuando la ausencia fuere motivada por indisposiciones momentáneas, se considerarán como habiéndose ausentado legalmente del trabajo y condenados á un mes de prisión, quedando sujetos á la vigilancia de la policía.

La legislación rusa no habla de la responsabilidad del patrón en caso de accidentes del trabajo. Un proyecto de ley redactado en ese sentido fué presentado dos veces al consejo de estado, y dos veces fué rechazado por la tenaz oposición de Pobiédonostzev. Igual suerte corrió una petición de algunos fabricantes que reclamaban, en el interés mismo de la industria, el derecho de asociación para sus obreros. La única arma de que el obrero dispone, pues, es la huelga; pero es un arma ilegal. La ley es terminante:

« Toda cesación de trabajo — dice — que sea consecuencia de un acuerdo entre los obreros con objeto de forzar á los fabricantes á un aumento de salarios, ó que trate de hacer cambiar las condiciones de sus contratos antes de su terminación legal, será castigada con una pena de prisión, de cuatro á ocho meses para los instigadores á la huelga y de dos á cuatro meses para los que tomaren parte en ella. Los que tomando parte en una

huelga volviesen al trabajo á la primera intimación de las autoridades quedarán exentos de toda pena. Los instigadores después que hayan purgado sus condenas serán relegados á sus pueblos natales ó á los gobiernos de Arkhangel, de Viatka de Olonetak. »

Además, una circular del ministro del Interior, de 12 de agosto de 1879, ordena á las autoridades la prisión de todo obrero que haya sido instigador de una huelga, aun en el caso que no deba comparecer ante los tribunales. Esto es lo que el gobierno llama régimen patriarcal. Porque cuando un ministro habla, diríase que los demás países deben envidiar la suerte del proletariado ruso. Oid á Witte:

« Nuestra industria — dice el ministro — ha guardado siempre en las relaciones de las dos clases, patrones y obreros, un carácter casi familiar. Esto se manifiesta claramente en el cuidado que los fabricantes tienen para que nada falte al bienestar de cuantos están á su servicio, en los laudables esfuerzos que realizan para que el mejor acuerdo reine entre ellos y en la sencillez y equidad á que ajustan todos sus actos.

Allí donde la ley moral y los sentimientos cristianos son la base de las relaciones recíprocas de patrón á obrero, es inútil recurrir á las leyes escritas. » Pero es tan numeroso el elemento obrero, que algún respeto impone. Porque eso de pretender que en el vasto imperio del gran zar los trabajadores son un puñado, es una tontería.

! Puñado diez millones de hombres ! Me diréis que la estadística corriente no habla sino de tres millones. Es cierto : la estadística no cuenta sino á los que trabajan en las grandes fábricas, haciendo caso omiso de « la pequeña industria », llamada de « kustaris », que ocupa cuatro millones, y de los nómadas ó trashumantes, que van de pueblo en pueblo empleándose en trabajos de albañilería ó de *terrasement*, y que son hasta tres millones.

Las huelgas tienen su influencia y preparan un porvenir mejor á los que sufren en Rusia.

La conquista de alguna justicia se hace poco á poco, á pesar de todas las tiranías amontonadas para combatir á la clase obrera. Pero ¡cuánta sangre habrá costado esa conquista!.

LOS CAMPESINOS

> No debemos olvidar que el pueblo ruso compone de 120 millones de labriegos, á quienes preocupa poco que la jornada sea de ocho ó de diez horas, que se creen ó no cajas de retiro, y que apenas saben lo que son las reivindicaciones sindicales. En lo único que piensan esas enormes masas de millones de hombres que laboran la tierra, es en que esa tierra, manantial de su trabajo y de sus privaciones, llegue á pertenecerles. Sí; el labriego ruso sólo vive con un deseo : que la tierra deje de ser motivo de tráfico, de compraventa, que no pertenezca al Estado, sino que sea la propiedad común y absoluta de aquellos que con el sudor de su frente la hacen fecunda... — L. Tolstoi. »

Después de los intelectuales, después de los obreros, he aquí á los campesinos en abierta rebeldía. El gobierno trata de ocultarlo. Pero es en vano. De todas partes del imperio llegan al palacio de Sarkoe-Selo ecos alarmantes. El mismo *Tzer-Kovni-Vietnik*, monitor oficial del Santo Sínodo, ha tenido que publicar hace pocos días una carta del pope Tchelzof en la cual hace ver que la idea tan arraigada en el cerebro de la aristocracia, de que el mujik es un ser incapaz de rebelarse contra el zarismo, resulta hoy una idea muy falsa. « ¿Habéis olvidado ¡oh rusos! — dice el sacerdote escritor, — los motines agrarios de Poltava y de los gobiernos vecinos? Y, sin em-